

V. La estructura de las relaciones morales

1. La naturaleza de los actos prohibidos

Si a las personas cuya instrucción moral consistió en aprender una lista de prohibiciones se les preguntara qué es la moralidad, contestarían, a mi parecer, con un enunciado negativo y no con uno positivo. Podrían decirnos que es no mentir, no robar, no matar, no codiciar, no timar, ni de ninguna manera perjudicar al vecino. Si seguidamente se les preguntara qué rasgo común enlaza todas estas actividades vedadas, encontrarían muy difícil responder. Podrían decir que todas estas acciones prohibidas causan dolor a las personas, sea corporal o mental, o que para ellas son perjudiciales. Esto es ciertamente verdadero, pero no adecuadamente discernidor. La competencia en el comercio o en las profesiones produce gran privación y aflicción a aquellos que fracasan en ella; castigar a los niños los hace infelices; y la práctica de la medicina y la odontología son fuentes abundantes de dolor incluso para aquellos que se ven beneficiados por estas artes; y aún así, hasta donde sé en ninguna parte tales actividades están prohibidas por el código moral.

El rasgo esencial que enlaza las actividades más consistentemente prohibidas por los códigos morales de las gentes civilizadas es que, por su propia naturaleza, no pueden ser a la vez habituales y permanentes, pues tienden a destruir las condiciones que las hacen posibles. Esta proposición será inmediatamente evidente para algunos actos prohibidos; para otros su verdad no es tan obvia. Robar es un ejemplo del primer caso. Lo que roban los hombres es riqueza, y la riqueza es producida o acumulada mediante el trabajo

humano. Las personas están dispuestas a trabajar laboriosamente y soportar privaciones con el propósito de obtener riquezas, sólo porque tienen alguna esperanza de poder mantenerlas y usarlas. Proporcionalmente a la disminución de la probabilidad de conservar sus bienes materiales, las personas reducen sus esfuerzos de crearlas y procurárselas. Como caso extremo podemos imaginar una población tan agresivamente depredadora en la cual nadie podría conservar hasta mañana lo que gana hoy. En tales circunstancias, ningún hombre sembraría ni labraría la tierra, nadie fabricaría vestidos ni moradas ni herramientas útiles, nadie tan siquiera se preocuparía por reclamar tierras que no tiene esperanza de conservar. Todos vivirían precariamente de alimentos recolectados en los bosques y devorados apenas son encontrados. Sería imposible robar, pues no habría ningún tipo de propiedad. La condición que hemos imaginado no existe ni siquiera en las tribus humanas más primitivas que conocemos, ni entre animales de muchas clases, que controlan parcelas de tierra respetadas por otros de su especie. El robo es una actividad autoanuladora.

O tomemos el caso de la mentira. El lenguaje sirve como medio para la comunicación de ideas porque en general usamos consistentemente el mismo sonido para designar el mismo objeto, y la misma combinación de palabras para significar la misma relación o actividad. Esta es la condición indispensable de esa asociación de sonidos con cosas o ideas fijas que es el fundamento del lenguaje. Además, generalmente le damos credibilidad a los enunciados que escuchamos porque en general los encontramos confiables.

Ahora supongamos que mentir llegara a prevalecer sobre el habla veraz. En primer lugar, al hablar con otro la gente usaría habitualmente no la palabra o frase que transmitiera, a la mente del oyente, el objeto o situación presente en la mente del que habla, sino una que sugiriera algún otro objeto o situación. No podría haber constancia en el uso de una palabra equivocada para una cosa dada; pues entonces esta palabra equivocada se convertiría, por el hábito, en la palabra aceptada, y llegaría a significar lo que el orador deseaba esconder. En segundo lugar, nadie creería ni pondría atención a lo escuchado; pues nadie desea ser engañado, y estamos suponiendo una sociedad en la cual las personas, por lo que escuchan, son mucho más comúnmente engañadas que instruidas. En estas circunstancias, el lenguaje se convertiría en un baturrillo de sonidos sin significado; y nadie podría ser despistado por enunciados falsos, pues nadie podría entenderlos ni darles crédito. Así, la mentira se destruiría a sí misma si fuera suficientemente prevaleciente.

La distinción entre falsedad y verdad se perdería, y ya para nadie valdría la pena perder el tiempo hablando falsamente. En las circunstancias reales, el mentiroso consigue engañarnos únicamente porque la mayoría de las personas dice la verdad más a menudo de lo que miente.

Seguidamente podemos considerar la codicia, la cual surge de la admiración de las posesiones de los otros y puede expresarse de dos maneras. Puede estimularnos a intentar adquirir o crear posesiones similares mediante actividades legítimas. Aunque tal emulación es deplorable cuando por el ejemplo ajeno somos guiados a poner nuestro deseo en cosas sosas o vanas, es saludable cuando nos vemos inspirados a luchar por cosas de verdadero valor. En su otra manifestación, la admiración crece convirtiéndose en envidia y nos lleva a acariciar alguna posesión particular de otra persona, ya sea esperando vanamente que algún imprevisto golpe de buena suerte la haga nuestra, o bien urdiendo la manera de adquirirla por medios ilegales. En el primer caso, la codicia llega a disuadir el esfuerzo activo; en el segundo, se convierte en incentivo para el crimen. En proporción a cuán general se haga, la codicia causaría una disminución de las posesiones dignas de excitar envidia.

Sería tedioso demostrar en detalle cómo cada uno de los actos prohibidos por la sabiduría acumulada de la humanidad tiende a anularse a sí mismo; pero creo que puede mostrarse que cada una de tales actividades, si fuera abundante, directamente socavaría las bases de su propia existencia o llevaría indirectamente al mismo resultado mediante la desintegración de la única sociedad en la que podría continuarse, o, más comúnmente, operaría simultáneamente de estas dos maneras. Concluimos, entonces, que *los códigos morales avanzados prohíben las actividades que son intrínsecamente incapaces de hacerse prevalecientes o permanentes*. Como proceso autopertuador, la vida tiende a imponer su propio carácter en cada actividad de los seres vivientes, pues sólo esas actividades pueden continuar sustentándola. Condenamos la conducta que no puede ser permanente porque es incompatible con la vida misma.

2. La reciprocidad de las relaciones permanentes

Ahora que ya hemos decidido cuáles tipos de actividades son prohibidas por los códigos morales y en qué consiste su error, será más fácil descubrir cuáles actividades son morales y por qué se designan así, y de la misma manera qué clases de conducta están fuera de la esfera de la moralidad, siendo extramORALES o quizá supramORALES. Se hará evidente que ciertos tipos de comportamiento que generalmente no se consideran pertinentes a la moralidad, son su fundamento mismo; mientras que otros, comúnmente tenidos como fundamentales para la moralidad, tienen poco que ver con ella.

Dado que las actividades que por su propia naturaleza no pueden ser a la vez prevalecientes y permanentes son inmorales, se sigue que el comportamiento moral debe ser permanente, o al menos tener la posibilidad de hacerse permanente. *Las relaciones morales entre seres finitos son, hasta donde la limitada existencia de estos seres lo permita, relaciones permanentes, y para ser duraderas deben ser recíprocas*. La reciprocidad es la sangre vital misma de un orden moral; así

como la justicia, que es el concepto de reciprocidad en las relaciones humanas, es el fundamento de una comunidad estable. Así, la conducta moral no es la mera ausencia de mal comportamiento. Si simplemente desistimos de mentir, robar, codiciar, asesinar, y otros actos proscritos, no por eso nos hacemos seres morales; pues podríamos evitar cualquier hecho incorrecto practicando una quiescencia perfecta, absteniéndonos de todo tipo de actividades y sin tener comercio con nadie. De tal modo, deberíamos de hecho evitar dañar a nuestros vecinos, pero un orden moral es algo más que la ausencia de actos perjudiciales. La moralidad consiste en organizar entidades en un patrón armónico, y tal patrón sólo puede existir si cuenta con relaciones que enlacen a esas entidades. Para los seres vivientes, esas relaciones toman la forma de actividades, las cuales, para ser duraderas, deben ser recíprocas; y mientras más equitativamente recíprocas se hagan, durante más tiempo tendrán probabilidad de persistir.

Que un patrón permanente pueda ser establecido únicamente mediante relaciones recíprocas se hace evidente cuando examinamos algunos de los sistemas más amplios y estables que exhibe nuestro planeta. La milenaria circulación de las aguas, de la cual dependen toda la vida terrestre y fluvial e incluso más la vida marina, se mantiene por reciprocidad; durante largos períodos los océanos no ceden a las nubes más agua de la que les es retornada ya sea directamente por la lluvia o a través de la descarga de los ríos. Una desigualdad pequeña pero persistente en ambas direcciones resultaría, a través de las edades, o en el desecamiento de los océanos o en el de todas las tierras. Similarmente, un bosque florece de siglo en siglo debido a los intercambios recíprocos entre la vegetación y el suelo, éste supliendo agua y sales mientras las plantas le devuelven la materia orgánica y los minerales contenidos en sus tejidos muertos. Si las plantas no cedieran nada al suelo, rápidamente se empobrecería y se haría incapaz de sustentar futuros crecimientos.

La tela de un orden moral no es tejida a partir de los actos de abnegación excepcional y de virtud sobresaliente que se ganan nuestra admiración y a veces nos incitan a emularlos, sino de esas relaciones recíprocas mediante las cuales se

constituye una sociedad, y sin las cuales no podría existir una comunidad estable. Dado que tales relaciones son tan comunes, mientras no sufran perturbaciones rara vez pensamos en ellas como morales. Nuestra consciencia moral está casi completamente enfocada hacia las desviaciones, en una dirección u otra, de la norma: de un lado, sobre actos de injusticia y sobre infracciones a las reglas establecidas; por otro, sobre la persistencia en la rectitud al enfrentar dificultades excepcionales.

¿Cuál es entonces la materia prima de la moralidad? Es la relación entre esposo y esposa, cuando se quieren y son leales y cada uno realiza su parte para mantener su hogar. Es la relación entre padre e hijo, cuando está bendecida por un devoto cuidado y una cariñosa obediencia, de modo que el primero realice su propia naturaleza al provocar el florecimiento de todas las mejores cualidades latentes en el niño. Es la relación entre maestro y pupilo, cuando uno gustosamente imparte conocimiento y el otro aprende afanosamente, con respeto y gratitud hacia su preceptor. Es la relación entre amigos, quienes deben mutuamente divertirse, instruirse, apoyarse, consolarse o ennoblecerse, pues de otro modo la amistad sería una forma vacía. Es la relación entre el Estado y el ciudadano, cuando el primero da en protección y servicios una justa retribución por las contribuciones y los devotos esfuerzos del segundo. En una sociedad comercial, es la relación entre comprador y vendedor, cuando ninguna de las partes actúa con falsedad o deshonestidad, y cada una, a través de la transacción, puede obtener ciertos bienes deseados con mayor facilidad de lo que de otra manera sería posible. Y es la relación entre patrono y empleado, cuando los salarios y las condiciones laborales son una justa recompensa por el trabajo honrado. Estas relaciones son los hilos con los que es tejida la tela moral; sin al menos algunos de ellos, ningún patrón podría preservarse y no habría ninguna moralidad social. Todas son relaciones recíprocas; y al grado que se desvíen de una justa reciprocidad se hacen precarias y tienden a desintegrarse.

Es evidente que relaciones de este tipo no están de ninguna manera limitadas a la humanidad, más bien algunas de ellas existen entre todos

los animales sociales e incluso entre animales comparativamente solitarios. Por lo tanto, estos animales poseen una forma de moralidad, aun cuando nunca discutan sus deberes; así como los pájaros que cantan maravillosamente practican una forma de arte a pesar de no tener cánones artísticos. Como fue sugerido más arriba, dado que por regla general los humanos llegan a ser conscientes de su moralidad principalmente por desviaciones en una u otra dirección, y los animales, cuyos patrones de comportamiento son en mayor parte innatos antes que aprendidos, se conforman a ellos más consistentemente, se sigue que por esta única razón deberían ser menos conscientes de ellos.

El espíritu que ha despertado nunca desea la posesión exclusiva. Dar, o al menos compartir, está más a tono con su naturaleza. Aunque hambriento por la verdad, la belleza y el amor, nunca desea arrebatarse estas cosas a ningún ser en el sentido de privarlo de una posesión; pues la peculiaridad de los bienes espirituales es que un número indefinido de mentes puede, cada una, poseerlos enteramente. El espíritu también suspira por dar cualesquiera bienes que posea y por ayudar a todas las criaturas que luchan. Pero el cuerpo debe tomar posesión exclusiva de las cosas para su propio uso; si falla adquiriendo lo suficiente, perece. Así, como seres compuestos de cuerpo y espíritu, somos movidos por dos impulsos contrarios: como cuerpos debemos tomar; como espíritus podemos dar. Es necesaria una transigencia entre ambos: no tomaremos más de lo que damos. De esta forma nos esforzamos por que nuestro trato con otros seres sea recíproco, no tomando más de lo podamos dar a cambio, pero dando más de lo que tomamos cada vez que podamos.

Como infantes indefensos debemos tomarlo todo y no dar nada. En la niñez y la adolescencia adquirimos lentamente la capacidad de dar, pero no tanto como recibimos. Al ir envejeciendo necesitamos menos y tenemos más para otorgar. Aunque cuando jóvenes nuestros mayores placeres provienen de lo que recibimos, en años posteriores descubrimos que es más satisfactorio dar, pues eso va más en armonía con nuestra naturaleza espiritual.

3. Relaciones recíprocas entre organismos de especies distintas

¿Hasta qué punto los animales de una especie cultivan relaciones morales con animales de otras especies? Precisamente hasta el grado en que es posible establecer relaciones que, por ser recíprocas, son permanentes. Tales relaciones pueden existir entre los humanos y sus animales domésticos, por ejemplo el caballo y la vaca. El caballo nos presta el servicio de transportarnos a nosotros y a nuestras posesiones, o de arrastrar el arado y la trilla. Como retribución recibe alimento, abrigo, y atención médica cuando enferma. Con un amo amable y considerado, puede llevar lo que aparenta ser una vida feliz y satisfecha, y la asociación puede durar tanto como el animal mismo. Como retribución por el pasturaje, la sal, las raciones auxiliares, y un refugio para climas rigurosos, la vaca produce suficiente leche para criar a sus terneros dejando un generoso excedente para su dueño; de nuevo la relación es recíproca y permanente, y por lo tanto moral por naturaleza. El intercambio de servicios es en general el fundamento de estas asociaciones; pues pocas personas, sin importar qué tan bien dispuestas estén hacia las vacas y los caballos, son lo suficientemente adineradas como para mantenerlos si ellos a cambio no ayudan a sus dueños a proveerse de lo necesario para vivir; y sin que importe lo mucho que pueda estar aferrado a sus dueños, ningún caballo puede seguir trabajando, ni ninguna vaca proveyendo leche, sin el cuidado y la alimentación adecuadas.

Estas asociaciones entre los humanos y sus animales dependientes están, sin embargo, rodeadas de peligros inseparables del ejercicio de un poder arbitrario. Si el amo es cruel y codicioso, el pobre animal no tiene medios adecuados de defensa y compensación. En cualquier caso, difícilmente puede comunicarnos sus sentimientos; de manera que nunca podemos tener certeza de si, desde su punto de vista, está recibiendo una retribución justa por lo que da. Casi no es necesario añadir que si el animal es sacrificado, la relación del amo con él no es ni recíproca ni permanente.

En nuestros días, una relación en cierto grado análoga se va haciendo cada vez más común entre los humanos y las aves. Las tribus emplumadas iluminan nuestras vidas con canciones y plumajes adorables y costumbres garbosas; y, más aún, muchas de ellas protegen nuestros árboles sombreadores, huertos y jardines de los estragos de los insectos. Mientras más se percatan de los valores que pueden derivarse de las aves, las personas hacen mayores esfuerzos por atraerlas a sus jardines plantando árboles y arbustos que proveen frutas comestibles o sirven como sitios para nidos, o protegiéndolas de enemigos de varios tipos, y a menudo colocando semillas, frutas u otros alimentos en bandejas o mesas ubicadas entre los árboles especialmente para ellas. Es improbable que las aves estén conscientes de los placeres que ofrecen a sus admiradores humanos; es incluso dudoso que muchos de nosotros nos percatemos de que al alimentarlas y protegerlas —porque disfrutamos con su presencia— entramos en una relación moral. Sin embargo, si negamos que una relación es moral meramente porque no nos percatamos de que así es, excluimos de esta categoría muchas de las relaciones más bellas y espontáneas, y reducimos la moralidad a los actos autoconscientes realizados en obediencia de máximas y cálculos.

Otra relación recíproca, moral en cuanto a su forma, se da entre los insectos y las flores cuyo polen transfieren. La existencia misma de muchas clases de plantas, así como de muchos insectos cuya total economía está basada en el polen y el néctar de sus flores, depende de la prolongación de este intercambio de servicios. Aun así, es improbable que alguno de los socios esté consciente de lo que debe al otro. Las mismas consideraciones se aplican a los colibríes y otros pájaros pequeños que polinizan las flores mientras recogen su néctar. La transacción pierde toda reciprocidad y de la misma manera su carácter moral cuando, como sucede ocasionalmente con los colibríes y regularmente con los picaflores de las tierras altas de la América tropical, los pájaros extraen el dulce fluido a través de una perforación que ellos mismos hacen en la base de la flor evitando así tocar los estambres y transferir el polen.

Otras numerosas relaciones recíprocas, que el biólogo llama simbiosis mutuas, se conocen tanto en el reino animal como en el vegetal. Un ejemplo muy difundido y notable lo presentan los líquenes, tan abundantes en casi todas las partes de la Tierra, que crecen en rocas y árboles y en suelos estériles. Cada líquen está compuesto de dos organismos distintos, uno un hongo, el otro un alga verde. Ésta, por sí misma y en virtud de los pigmentos verdes de sus células, es capaz de sintetizar compuestos orgánicos con la energía contenida en la luz solar; de ahí provee el alimento elaborado para los dos miembros de la asociación, mientras el hongo protege el alga dentro de sus encubridores filamentosos. Aunque algunos botánicos han considerado esta asociación como ejemplo de ilotismo o de la explotación del alga autosuficiente por parte del hongo dependiente, los líquenes son abundantes en muchas situaciones en las cuales las algas no sobrevivirían sin los hongos, de manera que parece evidente que los dos miembros se benefician de su simbiosis.

4. Reciprocidad cíclica y directa

Está muy lejos de mis intenciones enseñar una moralidad de tipo contable, para la cual un libro mayor con columnas para débitos y créditos sería un aditamento indispensable. De hecho, el propósito del presente libro no es abogar por alguna forma de comportamiento, sino analizar y comprender la estructura y los fundamentos innatos de la moralidad, así como el significado de los términos morales. El presente capítulo está dedicado a demostrar la reciprocidad de todas las relaciones genuinamente morales, las cuales involucran un intercambio de influencias favorables, o beneficios de algún tipo, y que esta reciprocidad es la condición de su permanencia. Pero de esto no se sigue que en cada una de estas relaciones deba haber beneficios exactamente equivalentes pasando en ambas direcciones. Los servicios, materiales y espirituales, que los humanos mutuamente se ofrecen son tan heterogéneos que es imposible medir su valor con una escala común y mantener un registro numérico de ellos; e incluso si fuera factible hacerlo, tal

práctica introduciría un sutil veneno en relaciones tales como las de amigos, o padres e hijos, o incluso entre buenos vecinos. Todo lo que mantengo es que es necesaria cierta corriente en ambas direcciones para preservar una sana circulación y mantener viva la relación. Además, si creemos sinceramente que es más dichoso dar que recibir, deberíamos en toda justicia permitirle a otros obtener su debida parte de la más elevada dicha.

Pero además de estos intercambios directos e inmediatos, el mundo contiene muchos indirectos, que son, si esto es posible, aún más importantes para nuestro bienestar. Recibimos de todas partes influencias benignas así como ventajas materiales, sin haber hecho nada para merecerlas. Fluyen hasta nosotros sin haberlas solicitado desde un fondo general de bondad y generosidad que llena extensamente el mundo así como todas las sociedades humanas sanas. Y precisamente porque recibimos tantas cosas de fuentes ocultas a nuestra vista, debemos estar dispuestos a dar mucho incluso cuando no preveamos retribución. Pues este fondo general, aunque vasto en términos de nuestra propia capacidad, no es inextinguible, y su mantenimiento depende de que nosotros le devolvamos, en promedio, tanto como fluye de él. Sin embargo, nuestros limitados recursos serían más prontamente agotados si diéramos mucho más de lo que recibimos. Aún así debemos preservar cierta reciprocidad, pero ésta puede tomar un curso cíclico en lugar de ser directa e inmediata. En lugar de un intercambio de servicios, interés o sentimiento entre A y B únicamente, puede tomar la forma de A hacia B hacia C hacia D... hacia A; y el número de vínculos intermedios puede ser muy extenso. Los ciclos de este tipo son tan comunes en el mundo natural como en los asuntos humanos, donde son importantes no sólo en el comercio sino también en el ámbito intelectual. Serán considerados más ampliamente en *Los Ideales Morales*.

5. Caridad aparente y caridad real

Dado que las relaciones morales son recíprocas, tener algo que ofrecer como retribución

por lo que se recibe es de la mayor importancia. Desde esta perspectiva, ser capaz de realizar una gran variedad de actividades y de servir a la comunidad de diversas maneras, es una ventaja moral que los humanos disfrutan en mayor medida que cualquier otro animal; pues esta versatilidad permite la continuación de las relaciones recíprocas en circunstancias donde eso sería imposible para un ser menos adaptable. De esta forma, alguien que haya perdido el uso de sus piernas podría tomar una ocupación sedentaria y así retribuir algo por el alimento y otras necesidades primarias producidas para él por sus semejantes más activos. Incluso a un ciego se le puede enseñar a fabricar buena cantidad de artículos útiles. Las sociedades civilizadas tienen cada vez más éxito encontrando ocupaciones productivas para todo tipo de personas incapacitadas, con excepción de los dementes. Estar útil y conformemente empleados no sólo promueve la felicidad y el respeto hacia sí mismos de estos desafortunados; los servicios que realizan para otros, aunque sean mínimos, los vinculan a la comunidad e incrementan la capacidad de ésta para sustentar a sus miembros enfermos, inválidos, y en cualquier otra forma incapacitados. Pues ninguna sociedad, por muy rica e industrialmente eficiente que sea, puede alimentar y atender un número ilimitado de individuos improductivos.

En culturas primitivas con escasa división del trabajo y con pocos servicios especiales mediante los cuales los inválidos y los incapacitados pudieran hacer retribuciones a su prójimo por la pesada carga de sustentarlos, el mantenimiento de los lisiados, los crónicamente enfermos y los ancianos, no podía continuarse por largos períodos. Con lo que parece a ojos de sus descendientes civilizados la más brutal insensibilidad, nuestros ancestros salvajes frecuentemente abandonaron o asesinaron a sus padres decadentes o a sus hermanos y hermanas incurables: el único método posible de aliviarse de un gravamen que apenas podían soportar. Si nuestra solución de este problema es moralmente superior a la suya, esto no es solamente porque nuestras sensibilidades son más finas y nuestra compasión mayor. Igualmente importante es el hecho de haber sido capaces de disminuir la carga sobre los incapacitados

dándoles empleos especiales, con lo cual continúan estando vinculados al resto de la comunidad gracias a esa relación recíproca que es el fundamento de la moralidad, en lugar de depender de la caridad para su sustentación.

El mantenimiento de una relación moral con nuestros animales domésticos se hace más difícil por la limitada especialización de los servicios que pueden realizar para nosotros. Un caballo, por ejemplo, sólo puede halar o cargar peso, y si llega a estar gravemente lisiado se hace inútil para tales labores. Prácticamente no hay nada que un caballo lisiado pueda hacer para pagarnos por el tiempo y el costo invertidos en su cuidado, lo cual en algunas partes del mundo no es un desembolso ligero. Similarmente, una vaca cuya ubre enferma no pueda dar más leche no puede realizar ningún servicio útil, excepto, posiblemente, en esas regiones montañosas donde el ganado se utiliza para transportar carga por senderos escabrosos. La compasión o la gratitud por servicios pasados puede impelernos a continuar cuidando estos animales cuya utilidad se ha agotado; pero la carga puede ser pesada e incluso más allá de nuestros medios. Si fuera posible darles tareas alternativas, mediante las cuales pudieran contribuir en algo para su propia sustentación, sería mucho más fácil para nosotros cultivar la clase de relación con ellos que exige la más elevada moralidad. En todos nuestros tratos con los seres vivientes que nos rodean deberíamos luchar incesantemente por fomentar las relaciones recíprocas que reconocemos como morales, pues éstas pueden ser indefinidamente continuadas, mientras que nuestra capacidad para mantener la no recíproca relación de caridad es limitada y muy pronto consumida.

Mucha de la llamada caridad, o limosna, nos trae beneficios indirectos, al menos de tipo negativo. Cuidando de los indigentes y de los enfermos indefensos preservamos la salud del cuerpo social y nos protegemos de muchas calamidades que podrían surgir de la presencia de masas de personas en penuria, como la diseminación de enfermedades, el incremento del crimen, e incluso posiblemente tumultos violentos por parte de multitudes hambrientas. En consecuencia, la beneficencia de este tipo trae ventajas recíprocas y

cae apropiadamente dentro de la provincia de la moralidad. Pero en su forma más pura, la caridad activa es siempre totalmente desinteresada y no recíproca; cuando menos, puede no traer mayor recompensa que esa incandescencia de sensibilidad que espontáneamente florece de la satisfacción de un impulso generoso. La caridad pura es no moral o quizá incluso supramoral. Aquellos que recuerden el gran papel que la limosna juega en gran parte de la moralidad religiosa, como la cristiana, islámica e hindú, pueden inclinarse a debatir esta aseveración. Pero sólo necesitan recordar que tanto Jesús como Mahoma prometieron grandes recompensas —en el paraíso si no en la Tierra— para el que diera limosna. De hecho, la desproporción entre los beneficios eternos que fueron ofrecidos y la riqueza precariamente mantenida con la que podían ser comprados, puso toda la ventaja en el lado del distribuidor de limosnas. Aunque la clase de “caridad” que consideramos primero cae apropiadamente dentro de la provincia de la moralidad, esta última clase puede, con mayor justicia, ser clasificada como comercio, ¡y de un tipo extremadamente lucrativo! ¡No es extraño que Sir Thomas Browne deseara que nunca llegara el fin de los pobres que viven de limosnas! Pero, cuando es pura, la caridad no es ni moralidad ni negocio, sino, como apuntó Santayana, una de las formas de espiritualidad con menos impurezas¹.

6. Análisis de algunas relaciones recíprocamente beneficiosas

Que las relaciones morales son necesariamente recíprocas se sigue como corolario del más elevado ideal ético, así como de una consideración de la estructura de los patrones permanentes. Este ideal, que será desarrollado detalladamente en la segunda parte de este trabajo, es la creación de un sistema de relaciones armónicas de la mayor amplitud e inclusividad posibles, donde la máxima cantidad de seres pueda obtener la mayor realización posible. Casi no es necesario debatir el hecho de que nosotros —cada uno individualmente— estamos entre esos seres cuya integridad y perfección proyecta el ideal. En

efecto, dado que estamos en una mejor posición para mejorar nuestra naturaleza que la de cualquier otra criatura, la comunidad moral perdería en lugar de ganar, si dedicáramos toda nuestra fuerza al servicio de otros y al mismo tiempo fuéramos totalmente negligentes al respecto de nosotros mismos. No sólo no es deseable que hagamos tal sacrificio; se sigue de la naturaleza recíproca de las relaciones morales que, en la práctica, es imposible para nosotros hacer mucho para otros sin al mismo tiempo mejorarnos; así como difícilmente es posible desarrollar enteramente nuestras potencialidades sin ayudar a otros a desplegar las suyas. Podemos de hecho ordenar de tal manera nuestras actividades que mientras sirvamos a otros no nos desarrollemos nosotros tanto como deberíamos, pero no podemos ayudar a otros sin en alguna medida mejorar nuestra propia naturaleza.

El egoísmo y el altruismo, que significan no más que el servicio a sí mismo y el servicio a otros, son muy a menudo considerados como intereses morales rivales, y sin embargo, en su nivel más elevado no son sino aspectos complementarios de la misma conducta. Es este hecho empírico lo que hace de la ética un estudio tan provechoso. Una comunidad moral sería imposible si la estructura del mundo fuera tal que no pudiéramos beneficiar a otros sin disminuirnos, ni mejorarnos sin dañar a otros.

Esta verdad se esclarecerá si analizamos algunas de las relaciones recíprocas mencionadas en la sección 2 de este capítulo. Empecemos con una de las más fundamentales para la perpetuación de cualquier especie de mamífero o ave, la relación entre padres e hijos. En la crianza de los hijos, al ayudarlos a desplegar sus capacidades innatas, el padre simultáneamente desarrolla aspectos de su propio carácter que de otra manera se mantendrían imperfectos. Al enfrentarse a la debilidad, la lentitud para comprender, y en algunas ocasiones la terquedad de sus hijos, el padre crece en paciencia e indulgencia; al dirigir sus juegos y deportes estimula su propia imaginación; al mirar el crecimiento de su mente y de su conciencia, profundiza en su comprensión de la naturaleza del espíritu humano; para realizar sus obligaciones paternas inteligentemente y bien,

debe esforzarse por ver las cosas desde la perspectiva del niño, con lo cual nutre el crecimiento de esa rara y preciosa facultad que es la simpatía imaginativa. Al agregar una inteligencia al mundo y un ciudadano valioso a la comunidad, el padre se vincula con el tejido social mediante lazos más íntimos, y al mismo tiempo enriquece su propia naturaleza. Unir entidades cada vez más perfectas mediante relaciones íntimas cada vez más armoniosas es el alfa y el omega de la moralidad.

La relación entre maestro y alumno, cuando está felizmente concertada, también tiene como resultado un mejoramiento mutuo. Es obvio que el pupilo gana inconmensurablemente por tener un preceptor capaz de abrirle su mente y de adiestrar sus poderes de observación y razonamiento. Pero al enseñar esclarecemos nuestras ideas y damos precisión a lo que queremos decir. Esto ocurre cuando enseñamos mediante la palabra escrita; pero el proceso es más eficaz cuando el maestro y el alumno se encuentran frente a frente, y el maestro está constantemente expuesto a las preguntas, las críticas y las incertidumbres del alumno. La vida intelectual prácticamente no puede redondearse y completarse sin un intercambio constante de ideas. En su ausencia, la absorción continua de datos conduce a una erudita torpeza.

La relación entre patrono y empleado provee a las dos partes un amplio rango de autoperfeccionamiento. Algunas veces se dice que uno no puede ser un buen maestro si no ha sido un aprendiz diligente, ni un oficial competente si no ha sido un soldado disciplinado. El empleado, con demasiada frecuencia en estos tiempos de sindicalismo autoritario, olvida las ventajas económicas debidas a un patrón cuyo talento para la organización, o su cabal entendimiento de ciertos procedimientos técnicos o agrícolas, hace que el trabajo del empleado produzca más de lo que produciría bajo su propia, menos hábil, y menos cuidadosamente coordinada administración. Tanto el patrón como el empleado, al restringir su codicia y tratar de entender los problemas del otro, crecen en comprensión, justicia y moderación. Pero es evidente que si quiere seguir sirviendo a sus trabajadores, el patrón no

debe perder de vista sus propios intereses. Si, en el afán de promover su bienestar y confort, les paga más, o les exige menos de lo que permite un mercado que generalmente es severamente competitivo, se arruinará a sí mismo y a través de la bancarrota se hará incapaz de continuar brindando beneficios a sus dependientes. La más verdadera y mejor filantropía consiste en capacitar a otros a ayudarse a sí mismos en condiciones favorables y gratificantes. Desafortunadamente, gran parte de todo lo que pasa bajo este nombre consiste en dar a un tercero una porción de lo que ha sido arrebatado a un segundo generalmente más merecedor; o bien en emplear un uno por ciento de nuestra energía para contrarrestar en algo el daño provocado por el otro noventa y nueve por ciento, como observó Bertrand Russell.

El cultivo de relaciones morales es más que el establecimiento del equilibrio físico o incluso vital que se logra balanceando la absorción y la efusión de materiales y energía. La situación objetiva tiene su contraparte subjetiva en las actitudes que corresponden a ella. Aunque en primer lugar una buena voluntad debe estar presente para impelernos a cultivar relaciones morales, el proceso inverso también juega un papel: una situación externa apropiada ayuda a desarrollar y fortalecer esas cualidades mentales en las cuales, como se dice a menudo, reside toda la riqueza moral. Así, alguna amabilidad realizada a una persona espiritualmente receptiva incita el sentimiento de gratitud que, si es adecuado, tiende a igualar la riqueza moral del agente y del beneficiario de un acto generoso. Una veracidad habitual genera fe entre nuestros socios, mientras que la honradez en materias de propiedad es correspondida con votos de confianza. Sin los sentimientos complementarios de gratitud, fe y confianza, las virtudes como generosidad, veracidad y honradez conducen a una existencia frustrada, carente para siempre de esas actitudes correspondientes que aumentan inconmensurablemente la riqueza del mundo moral. Similarmente, un amor no egoísta provoca un amor correspondiente, mientras que una bondad sobresaliente es reconocida mediante reverencia. Estos sentimientos pueden durar mucho más que las situaciones que

estimularon su desarrollo, y por lo tanto se afirma correctamente que poseen mucho más valor moral que cualquier relación meramente externa. Sin embargo, en la historia moral de la humanidad, así como en la de cada individuo, estos sentimientos parecen ser más bien el resultado y no la causa de las situaciones objetivas correspondientes; de ahí la importancia práctica de establecer relaciones morales, incluso cuando no podemos detectar ni el rastro de los sentimientos que por sí mismos les dan significación espiritual².

Sería desafortunado dejar la impresión de que podemos mejorar nuestra naturaleza únicamente mediante relaciones con otros seres de nuestra propia especie. Esta es una de las patéticas falacias de una época en la cual el horizonte humano está siendo restringido cada vez más por la creciente, estrechamente acosante multitud de los prójimos humanos. Debido al más completo entendimiento mutuo y al más libre intercambio de pensamientos posibilitados por la posesión de un lenguaje común, nuestras relaciones con otros de nuestra especie son más complejas y ricas en significado; pero no por esa razón la asociación con criaturas de otras especies fracasa al querer perfeccionar nuestro espíritu, y quizá también los suyos. Adoptando un interés amistoso hacia las aves, las bestias, los insectos, los árboles, las flores, los helechos, los ríos, las nubes, las montañas y cosas similares, cultivamos aspectos de nuestra naturaleza que con demasiada frecuencia son descuidados, y nos ligamos a un todo más amplio, mediante vínculos más sutiles pero más abarcadores.

Espero que se haya hecho evidente que el primer gran desiderátum de la vida moral es cultivar relaciones que sean, o sean capaces de ser, recíprocamente ventajosas, no meramente en un estrecho sentido comercial sino en el reino de los afectos y de la inteligencia. Y si no son directamente recíprocas, las relaciones pueden ser cíclicas, involucrando un intercambio beneficioso continuo entre nosotros y un conjunto más amplio. Aunque dentro de nuestras limitaciones podamos disfrutar de la satisfacción espiritual de dar limosna, debemos evitar de cualquier forma las relaciones donde la reciprocidad sea intrínsecamente imposible.

7. La virtud como obstinada adherencia a la forma de las relaciones morales

Para algunos filósofos, así como para muchas otras personas, la moralidad ha parecido consistir no en el cultivo de relaciones recíprocas, sino de conductas que beneficien a otros, y en el total sacrificio y sumersión de los intereses e inclinaciones personales. También el deber es muy a menudo interpretado de forma tal que implique la realización de actos molestos y desagradables. La más sublime virtud de fortaleza moral, en esta perspectiva, se expresa en la más completa abnegación. ¿Cuánta verdad está contenida en esta interpretación de la moralidad, y de ser cierta, cómo puede reconciliarse con nuestra doctrina?

Podemos comenzar nuestra investigación examinando ejemplos de conducta en donde el provecho personal, a pesar de lo excelso del contexto, no participe como motivación, o participe en un grado muy subordinado. En primer lugar muchas personas propondrían el sacrificio de sí mismo al servicio del país. Esto asume su forma más noble no cuando se hace públicamente, pues allí es recompensado con la aclamación popular y la esperanza de una fama duradera, que es siempre un fuerte incentivo para los espíritus ambiciosos; ni tampoco en el clamor de la batalla, con la oportunidad de infligir daños al odiado enemigo, saliendo ileso y obteniendo así la gloria. Es más admirable cuando se realiza en secreto, o en la sola presencia de los propios enemigos. Nadie despliega su patriotismo en una forma más heroica que el espía, quien comúnmente es confundido con un renegado o al menos es visto con sospecha por sus compatriotas, siendo además un objeto especial de oprobio por el enemigo. Él o ella realiza un arduo servicio, siempre bajo la amenaza de una muerte ignominiosa. Si es capturado, no puede, incluso al mismo grado que el soldado común, contar con el apoyo o siquiera el reconocimiento del país al que sirve. Constantemente debe fingir y hacer de toda su vida una mentira. Puede ser cruelmente torturado, si es sospechoso de poseer información valiosa para el ejército al que espía. Al parecer, sólo el más

exaltado patriotismo podría persuadir a alguien para llevar tal vida; y parece imposible que pudiera en algún momento experimentar una recompensa conmensurable con el sacrificio que realiza.

La historia de Regulo ha llegado a ser el ejemplo clásico del más alto aprecio por la veracidad unido a una devoción inquebrantable por el interés público. Si, en su regreso a Roma, hubiera instado al senado a devolver los prisioneros cartagineses cuyo intercambio él había sido enviado a concertar, hubiera cumplido la promesa que hizo a sus aprehensores y se podría haber quedado en casa como un laureado ciudadano. O bien, incluso habiendo recomendado la retención de los prisioneros, no estaba bajo ninguna obligación —salvo la de su palabra comprometida— de regresar y soportar la tortura de los cartagineses, pues en Italia estaba más allá de su alcance. Aún así eligió la muerte del tipo más cruel en lugar de faltar a la palabra dada a su país y a sus adversarios.

En las civilizaciones antiguas, a duras penas algún deber podía colocarse más arriba que el de la obediencia filial; y ni la leyenda ni la historia proveen un ejemplo más claro de firme adherencia a esta obligación que el de Rama, el héroe de *Ramayana*, la épica india. El Rey Dasa-Ratha había preparado la sucesión de su hijo mayor al trono de los Kosalas; pero en la mañana fijada para la coronación, en cumplimiento de una promesa que hacía mucho tiempo descuidadamente había hecho a una de sus esposas, que ahora estaba celosa de la preferencia dada al hijo de otra de las esposas, el envejecido monarca a regañadientes sentenció a Rama a catorce años de exilio en el bosque. Sin demora ni quejas, el héroe partió hacia una magra vida de ermitaño en los bosques, acompañado por su siempre fiel esposa Sita y su hermano menor. Tras haber desterrado a su hijo, el viejo Rey murió de aflicción y remordimiento. La madre de Rama y su hermano Bharat, quien había sucedido al rey en el trono, encontraron el camino hasta el retiro selvático de Rama y le imploraron que volviera y asumiera el reinado que legítimamente le pertenecía. Pero Rama obedeció inquebrantablemente la orden dada a regañadientes por un padre que no

estaba vivo para revocarla, y sólo después de la expiración de los catorce años regresó a reclamar su herencia.

Es dudoso que cualquiera escoja a sus amigos principalmente por sus infortunios; al contrario, contraemos amistad con aquellos que son agradables para nosotros, y que puedan en una u otra forma enriquecer nuestras vidas o propiciar nuestras metas. Sin embargo, después de que una amistad se ha consolidado, abandonar al amigo cuando está en adversidad es considerado oprobioso por la mayoría de las personas, salvajes no menos que civilizadas. Sus circunstancias pueden ser tales que, más allá de la mera gratitud, no pueda retribuirnos en nada nuestros esfuerzos por él. Incluso podría suceder que tan sólo con manifestar un interés por su bienestar pusiéramos en peligro nuestra vida o nuestra fortuna, mientras él está situado de una manera tal que no pueda ni siquiera darse cuenta de lo que hacemos y arriesgamos por él. Aún así, tanto la ficción como la historia registran ejemplos de la más alta devoción hacia un amigo desafortunado. Puede suceder que, lejos de ser la víctima de un desastre inmerecido, el amigo haya llegado a merecer por su propia conducta todos los males que han caído sobre él, haciéndose al mismo tiempo indigno de nuestra amistad y dando causas de sobra para su finalización. A pesar de esto, hay algunos que sostienen que la más elevada virtud demanda nuestro servicio devoto al amigo incluso en estas circunstancias.

¿Cuál rasgo común se manifiesta en estos ejemplos de persistencia en la conducta virtuosa cuando la relación moral deja de ser recíproca, o incluso cuando deja de existir, y cuando una continua lealtad a una regla de conducta puede traer sólo dolor y daño al que persiste en ella y quizá sin beneficiar a nadie? En todos los casos citados, y en muchos otros de naturaleza afín que parece innecesario mencionar aquí, reconocemos una relación que, en condiciones promedio o normales, es mutuamente beneficiosa, como la de un ciudadano y su país, un padre y un hijo, o entre amigos. Circunstancias peculiares, como los peligros de la guerra, una promesa descuidada en un palacio real, o inmerecidos e imprevistos infortunios de muchos tipos, pueden alterar de tal

forma las condiciones de la relación que ésta dejará de ser recíproca; y la virtud consiste entonces en preservar con resolución su forma, incluso en medio de las más grandes privaciones, tanto como sea posible en las condiciones alteradas. Pero es importante no pasar por alto el hecho de que tales relaciones surgieron originalmente — ya sea deliberadamente o por evolución espontánea— porque son mutuamente satisfactorias y porque promueven los mejores intereses de ambas partes. Si no hubieran podido satisfacer esta condición nunca hubieran ganado amplio reconocimiento y aprobación; y nadie detectaría mérito alguno en la lucha por preservarlas si el precio es el dolor y el daño. Incluso los moralistas que mantienen que la virtud consiste en seguir una máxima de conducta en circunstancias donde estén ausentes todos los beneficios personales, encontrarían difícil negar que ordinariamente la conducta del tipo que ellos recomiendan provee beneficios recíprocos, y que esta es la razón por la que es universalmente estimada. Fracasarse al discernir o recordar este importante hecho da origen al ideal de una moralidad que es insostenible por no poder autoperpetuarse.

8. La virtud en la vida cotidiana y en las difíciles situaciones heroicas

Aunque actuar virtuosamente, cuando el beneficio propio es remoto o incierto o está completamente ausente, no es la única expresión de virtud, sí es la mejor prueba de la fuerza de la virtud. Aristóteles enseñó que la virtud moral se nutre de la realización habitual de actos virtuosos. No hay mejor prueba para la fuerza del hábito que su persistencia en circunstancias adversas. Si la obediencia filial es una virtud, no es ciertamente menos virtud cuando se practica en un hogar rebotante de la felicidad y el amor que son su recompensa, que cuando trae daño y sufrimiento; pero es necesario eliminar los beneficios que fluyen inmediatamente después de obedecer a los padres si se quiere probar la fuerza de esta disposición. Si la devoción a un amigo es una virtud, es tal tanto cuando la relación es fuente de constante gratificación como cuando se mantiene al

precio del sacrificio y del riesgo; pero quizá es necesario eliminar los beneficios inmediatos para demostrar más allá de toda duda que nuestras declaraciones de devoción brotan de algo más profundo que el cálculo del provecho propio.

Gran cantidad de actos para los cuales el más severo moralista no aceptaría excepción traen consigo una pronta recompensa, de un tipo o de otro; y en estos casos el comportamiento del hombre virtuoso y el del oportunista inescrupuloso puede ser el mismo, excepto en que difirieron en cuanto necesidades o valores. Pero la vida es tal que a menudo debemos privarnos de satisfacciones inmediatas con miras a otras más distantes, así como de beneficios meramente personales por otros más ampliamente diseminados —la necesidad de una doctrina ética ha crecido a partir de esta circunstancia—. Mientras crece la brecha entre inclinación y satisfacción, entre beneficios totalmente personales y ampliamente diseminados, la diferencia entre el carácter virtuoso y el inescrupuloso se hace cada vez más evidente en la acción. El caso extremo se alcanza cuando uno enfrenta la elección entre cometer un acto malvado con impunidad e incluso con ganancia, y adherirse a los principios cuando pueden únicamente llevar al sufrimiento. En este momento, el contraste entre la persona virtuosa y la viciosa se hace más pronunciado. Sólo en este sentido puede mantenerse que el único criterio de virtud es seguir el camino del deber cuando éste no puede brindar beneficios personales. Sin embargo, muchas personas justas pueden no ser nunca llevadas hasta este examen extremo, pues en todas las circunstancias más usuales de la vida las relaciones morales son recíprocamente beneficiosas. Que la fuerza de su virtud sea desconocida no hace a tales personas menos virtuosas.

Las cualidades moralmente valiosas que sostienen la vida cotidiana de una comunidad ordenada cuantitativamente exceden en mucho a aquellas desplegadas en situaciones heroicas, y sin embargo sólo en las últimas se revela plenamente la tenacidad de la virtud; así como la fuerza del acero es puesta a un uso mucho mayor en construcciones y maquinaria que en el laboratorio de pruebas del ingeniero, único lugar donde puede ser adecuadamente medida. Tal vez todos

deberían desear que una o dos veces en la vida lleguen a encontrarse en circunstancias que exijan su fortaleza moral casi hasta su punto de quiebra y provean una demostración de su fuerza. Pero vivir constantemente justo antes del límite de nuestra resistencia moral sería tan perjudicial para la voluntad, como sería ruinoso para el cuerpo laborar diariamente en trabajos que fueren excesivamente nuestros músculos hasta su punto de agotamiento.

La existencia, en su extremo más alto de resistencia, no sólo es capaz de provocar lesiones permanentes, sea en el cuerpo o en la mente; también es probable que el despliegue de fortaleza moral en relaciones no recíprocas engendre orgullo y un sentimiento de superioridad que difícilmente surgen en situaciones más normales. En efecto, la verdadera bondad es la capacidad de entrar en armónicas y mutuas relaciones con otros, de manera que sólo puede ser plenamente revelada donde encuentre una bondad correspondiente en algún otro ser. Por lo tanto, la conducta virtuosa en su contexto más deseable es la revelación de igualdad en lugar de superioridad. Al grado que un niño o un animal pueda responder a nuestro amor, amabilidad o confianza, y pagarlo con lo mismo, en ese respecto es nuestro igual. Llamar buena o mala a una entidad completamente aislada no tiene sentido si no se hace con referencia a su coherencia interna. Excepto en gestos infructuosos que pueden ser más valiosos como ejemplos que por sus efectos, la virtud florece únicamente cuando encuentra en otros alguna virtud correspondiente. Incluso la forma de los gestos está determinada por una experiencia pasada de esta relación recíproca.

Afortunadamente para la humanidad, algunos individuos son de una fibra tan dura que pueden obstinadamente preservar la forma de la conducta moral incluso cuando sus beneficios recíprocos usuales son imposibles. La mayoría de nosotros somos llamados de tiempo en tiempo a actuar en estas circunstancias, sean menudencias o bien asuntos importantes; y debemos estar agradecidos si en ese momento somos suficientemente fuertes como para mantenernos resueltamente apegados a nuestros principios. Y en períodos de caos social, cuando las relaciones

morales usuales se distorsionan o disuelven, la salvación de la cultura reside en los pocos que logran preservar la rectitud cuando esto sólo puede traerles ridículo y persecución. Pero admitir eso no invalida la conclusión de que, en una sociedad bien constituida, las relaciones morales son, y deben ser, recíprocamente gratificantes.

La moralidad crece a partir de nuestras necesidades; nuestra necesidad de recurrir a nuestro ambiente natural y social por los materiales y servicios que sostienen nuestras vidas; nuestra necesidad de dar no menos que de tomar. Si fuéramos mónadas autosuficientes, no tendríamos necesidades y no entraríamos en relaciones con otros seres. En tales circunstancias la moralidad difícilmente surgiría, excepto quizá como una ética del autoperfeccionamiento. Nuestras necesidades podrían satisfacerse por la toma forzada o subrepticia, o por cooperación. De estos dos méto-

dos para adquirir lo que debemos tener, sólo el segundo tendría posibilidad de ser exitoso a largo plazo, y sólo él sería moral. La cooperación es primeramente practicada en grupos pequeños, hostiles a otros grupos vecinos; y mientras persistan tales relaciones sin ley, su existencia es precaria. El progreso moral consiste en la reducción de rivalidades mediante la expansión indefinida de la comunidad dentro de la cual prevalecen relaciones armónicas y recíprocas.

Notas

1. George Santayana. *The Realms of Being*. New York: Scribner's, 1942, pp. 791-97.

2. Sobre la reciprocidad como fuerza vinculante en la ley y la moralidad primitivas, véase Bronislaw Malinowski, *Crime and Custom in Savage Society*. S.r.